

¡DIOS! ¡TESORO A LA VISTA!

Padre Javier Leoz

1. En cierta ocasión murió un hombre profundamente creyente. Durante toda su existencia intentó llevar una vida sencilla y sin estridencias. Cerró los ojos al mundo con la misma serenidad con la que los mantuvo abiertos ante los muchos acontecimientos que se le presentaron en su caminar.

Desde siempre le preocupó querer y disfrutar aquello que hacía. Y, por ello mismo, antes de presentarse ante Dios les dijo a los suyos: "temo que Dios pueda decirme que no estuve suficientemente pendiente de Él".

Cuando se presentó ante Dios, el hombre creyente, dijo: "perdóname si mis fuerzas las dediqué más a lo material que hacia lo espiritual". Dios le contestó: "¿Cómo puedes decir eso amigo mío?". "Cada mañana cuando despertabas me ofrecías tu trabajo. Después de realizarlo me dabas las gracias por la fuerza que yo te inspiraba. Cuando, a final de mes, te correspondían con el sueldo, supiste dejar una parte aunque fuera muy pequeña, para las necesidades de los otros. En varias ocasiones, y por tu posición en la empresa, tuviste oportunidad de haberte convertido en un pequeño ladronzuelo y, por si fuera poco, nunca pudo contigo el afán de poseer o de aparentar lo que no podías alcanzar. Entra amigo y disfruta de este gran paraíso".

Estamos metidos de lleno en este verano del 2013 y, cuando leo el evangelio de este domingo de agosto, concluyo que la vida entera es un prolongado tiempo estival (en unos, dura más que en otros) donde tenemos dos opciones:

- a) O dedicarnos a un simple y caduco bronceado del cuerpo (el sol achicharrante del materialismo puro y duro)
- b) O procurar un bronceado más profundo que afecte también al alma que llevamos dentro (la brisa que de diversas maneras Dios nos sopla)

2 ¿CÓMO SE BRONCEA EL CUERPO?

-Con el gel de "la codicia" nos creemos administradores y dueños de todo. Luego, cuando discurre el tiempo, vemos que con el dinero no puede añadir ni un día más a nuestra vida o a la salud del cuerpo.

-Con el bronceador de "la ambición" olvidamos que somos caducos y hasta nos puede producir ceguera para lo espiritual. Pasan los años y nos damos cuenta que no llena de felicidad el mundo de las cosas sino el mundo de Dios

-Con la loción del "trabajo como ganancia" tendremos más pero, tal vez, perderemos muchas sensaciones necesarias para ser de verdad felices.

-Con la crema de "la riqueza" conseguiremos prestigio y relevancia social pero, cuando nos visite la ruina, ¿nos acompañarán los que nos aplaudieron siendo ricos?

3. ¿CÓMO SE BRONCEA EL ALMA?

-Con el gel de "la conformidad". Amando y disfrutando de los bienes materiales que uno tiene y, siendo consciente, que el origen de todo está en una fuerza superior: DIOS

-Con el bronceador de "la libertad" nos protegeremos del virus de la ambición de ser dioses y de sentirnos prepotentes frente a los demás. Nos daremos cuenta que uno anda mejor por la vida cuando sabe valorar sus propias limitaciones

-Con la loción del "trabajo como perfección" sabremos que nunca podrá más la ocupación que el cultivo de la amistad, la oración, la fe, la espiritualidad personal, etc.

-Con la crema de "la sobriedad" no estaremos expuestos al sol del egoísmo o de la insolidaridad. Siendo sobrios es como se consigue un camino para dar con la auténtica riqueza de los hijos de Dios.

Todos, desde el momento en que nacemos, tenemos abierta una cuenta corriente en la gran caja de ahorros que existe en el cielo. Una cuenta donde los ángeles administrativos van apuntando los esfuerzos y los intentos que los creyentes vamos haciendo en la tierra para darle brillo y bronceado celestial a nuestra vida cristiana.

Y también todos, desde el instante en que fuimos bautizados, vamos restando a esa cuenta con la ambición y el afán de poseer, el aparentar, el acaparar o el olvido de Dios por dejarnos arrastrar por la seducción de la riqueza.

Qué ilustradora es aquella sentencia: "no es rico quien más tiene sino quien menos necesita". O también aquella otra: "La avaricia es un constante vivir pobremente por miedo a la pobreza" (San Bernardo de Clairvaux)

4.- QUÉ ME DAS, SEÑOR, A CAMBIO

De mi confianza cuando la deposito en ti

y me alejo de los que me prometes otros paraísos

¿Qué me das, Señor, a cambio?

De mi seguimiento y de mi fidelidad

de mi silencio o de mi reconciliación

de la ofrenda de mi vida o de mis esfuerzos

¿Qué me das, Señor, a cambio?

De mi fe,

aunque sea débil y hasta interesada

De mi constancia,

aunque a veces me quede por el camino

De mi audacia,

aunque en momentos piense más en mí que en Ti

¿Qué me das, Señor, a cambio?

¿Me darás, tal vez, la Vida Eterna,

frente a esta efímera?

¿Tal vez tus palabras verdaderas

en contra de las falsas que me rodean?

¿Tal vez tu mano cuando otras me abandonan?

¡Necesito que me des tanto, Señor!

Tú presencia, cuando me encuentro huérfano

Tu luz, cuando la oscuridad eclipsa mi esperanza

Tu cielo, cuando sólo veo tierra y más tierra

Tus mandamientos, cuando construyo una vida a la carta

Tu respuesta, cuando ya nadie me escucha ni me responde

¡Dame, Señor, sobre todo tu persona!

Que temo no encontrarte en la dirección por donde busco

o, tal vez, hacerme un "dios" a mi medida
Que temo encontrarte demasiado rápido
sin cambiar mis días en poco o en nada
Que temo confundirte con otros señores
y disfrazarte de comodidad y de riqueza
de orgullo y de existencia del todo fácil

Ven a mi encuentro, Jesús,
y aléjame de todo aquello que me impide ser tu testigo
de todo aquello que me aleja de tu reino
de todo aquello que me confunde y me degrada
de todo aquello que, simplemente, no eres Tú.
Amén